

ENTREVISTA DE TRABAJO

Sin esperar al ascensor, sube de dos en dos los peldaños de la escalera hasta la tercera planta. Hoy no puede perder ni un segundo. Marta deja el dedo pegado al timbre, mordiéndose el labio inferior, acalorado el rostro, los ojos fijos en la mirilla.

—¡Abre, deprisa, por favor, vamos, vamos!

Había salido corriendo del colegio. Era un día frío y azul de febrero, pero no necesitó ponerse el abrigo. Sólo quería llegar a casa cuanto antes, contarle a su madre, por fin, su éxito.

Durante el camino estuvo pensando qué le diría. No estaba segura de que entendiera lo que le había pasado. También ella necesitaba analizarlo despacio, explicarse por qué actuó así.

Al ver que es su hija quien llama de ese modo insistente, abre rápidamente.

Sólo con mirarla el sobresalto deja paso a la más feliz de las emociones. En el mismo umbral se abrazan, riendo y besándose en las mejillas, porque las dos saben que lo ha conseguido.

La toma de la mano como si todavía fuera una niña y tirando de ella la conduce hasta el comedor donde le hace sentarse a la mesa. Igual que cuando venía del colegio, le mesa el cabello, le acaricia la cara, le besa la frente... La mira embelesada, mientras le pregunta si le apetece una taza de chocolate bien caliente y así le cuenta cómo ha ido todo.

María asiente con la cabeza y sonrío.

Esta misma mañana se despertó temprano, como siempre que tenía una nueva entrevista de trabajo. Habían sido muchas pero no conseguía acostumbrarse ni estar tranquila. Más bien todo lo contrario.

Se levantaba con un malestar en el estómago y una opresión en el pecho que la obligaba a respirar hondo, muy profundo antes de salir de la cama. Era el miedo a volver a casa de vacío otra vez.

Le costaba aceptar esos fracasos a pesar de que sabía que era normal. En casa nunca hubo reproches, ni siquiera una mirada de desconfianza o de duda en cuanto a su capacidad profesional. Eso, además de su propia exigencia, hacía que deseara tanto poder estar a la altura de lo que se esperaba de ella.

Eligió despacio la ropa, pensando que quizás ese día tuviera suerte. Confiaba en ella misma y si no se venía abajo, si jugaba bien sus cartas, todo saldría bien.

Desayunó el café y las galletas de cada mañana e intentó disimular ante su madre la inquietud que sentía.

Llegó con media hora de antelación, y para distraer la ansiedad entró en una cafetería cercana y en la barra pidió un café.

Entabló una conversación casual con el camarero. Era una buena fórmula para conseguir apartar su propia angustia.

Cuando faltaban diez minutos se dirigió al colegio donde tenía concertada la cita con el director para un puesto de profesora de francés.

Mientras esperaba en la sala, sintió su pulso en el cuello, temía que si no se serenaba no le saldría la voz, esa falta de aire...mil menos siete, novecientos noventa y tres menos siete, novecientos ochenta y seis, menos siete, novecientos setenta y...

—Buenos días, ¿Marta Faro?

Un hombre de unos cuarenta y muchos años, con una franca sonrisa y estrechando fuerte su mano la invitó a entrar al despacho.

No fue una entrevista como las demás. A medida que avanzaba la conversación él se iba desviando de lo puramente laboral. Ella se asustó al principio, dudó, pero este trabajo no se le podía escapar. Era mucho más de lo que había tenido alguna vez, más cerca de conseguirlo que nunca, el esfuerzo merecía la pena.

Ahora sabía que el puesto ya era suyo. Por fin podría contarle a su madre que era profesora.

Cuando su madre regresó, la encontró ensimismada, con un brillo extraño en los ojos y pensó en la suerte de tener una hija como Marta. Le puso la taza en la mesa, escrutó su expresión y se sentó enfrente:

—Bueno, ahora soy toda oídos. Cuéntame.

Mercedes Lázaro